

Dinámicas de poblamiento y conflicto social armado

Versión XIII de la Cátedra
Democracia y Ciudadanía

Leopoldo Prieto Páez
Compilador



UD
Editorial



**CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA**

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (IPAZUD)
© Leopoldo Prieto Páez [Compilador]
Primera edición, octubre de 2014
ISBN: 978-958-8832-75-3

Dirección Sección de Publicaciones

Rubén Eliécer Carvajalino C.

Coordinación editorial

Miguel Fernando Niño Roa

Corrección de estilo

Karen Grisales

Diagramación

Lena Pardo González

Imagen de cubierta

Rocío Neme

Editorial UD

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Dirección: Carrera 24 No. 34-37

Teléfono: 3239300 ext. 6202

Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Todos los derechos reservados.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito del Fondo de Publicaciones de la Universidad Distrital.

Dinámicas de poblamiento y conflicto social armado / Leopoldo

Prieto Páez y otros. -- Medellín : Editorial Universidad de Antioquia, 2014.

188 páginas ; 24 cm. -- [Ciudadanía y democracia]

ISBN 978-958-8832-75-3

1. Violencia 2. Víctimas de la violencia

3. Conflicto armado

4. Tenencia de la tierra I. Prieto Páez, Leopoldo, autor II. Grisales Hernández, Marisol, autora III. Álvarez Cubillos, Héctor Hugo, autor IV. Serie. 303.6 cd 21 ed.

A1449745

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Hecho en Colombia

Contenido

Introducción

Leopoldo Prieto

9

Ciudad

Conflicto armado y dinámicas urbanas:
la seguridad y la protección militar
desde el análisis de la conflictividad urbana
en la ciudad de Medellín

Marisol Grisales

21

Configuración del territorio de la región capital.
Tendencias, caso cerros orientales de Bogotá D.C.

Héctor Hugo Álvarez Cubillos

35

Región

Poblamiento, conflicto y configuración regional

Clara Inés García

47

Los cambios en la agricultura,
trasfondo del desplazamiento forzado

Darío Fajardo Montaña

61

Sembrando coca, cosechando votos

María Clara Torres Bustamante

83

País

Bajo Atrato: control de territorios
en función del mercado global

Abilio Peña

107

Territorio, violencia y poder: el conflicto
colombiano mirado desde la historia
y la geografía

Fernán E. González G.

139

Introducción

Leopoldo Prieto*

*Nuestra única preocupación es que no tenemos suficiente tierra.
Si yo tuviera suficiente tierra, no tendría miedo ni
al mismísimo diablo.
(¿Cuánta tierra necesita un hombre? León Tolstoi)*

El territorio, elemento determinante en el juego del conflicto

Se ha vuelto un lugar común, un punto de eterno retorno, casi que pleonasmos; el argumento una y otra vez se trae a cuento cuando se busca explicar los orígenes del conflicto armado, tierra y violencia se convirtieron en binomio indisoluble, el arranque, el origen, el punto cero. Nadie sabe exactamente cómo, o mejor, muchas miradas han intentado volver sobre ello, los resultados en algunos casos esclarecedores en otros más bien confusos, pero todos convirtiendo el mismo problema en un elemento estructural de la historia del conflicto, y por tanto de la historia de Colombia, *la falta de tierra* como una de las principales causas del conflicto y la lucha por el acceso a ella como uno de los principales motores que lo alimenta.

Los campesinos saben que la riqueza está en la tierra, los grandes empresarios, el Estado, los grupos armados, los viejos y los jóvenes reconocen otro tanto; poseerla, administrarla y explotarla es, y ha sido, la razón de incontables diferencias a lo largo de toda la historia nacional, dirimidas con frecuencia a través de la violencia. Casos asombrosos se han visto, en que el Estado ha naufragado en un mar de indolencia y negligencia, desde la Masacre de las Bananeras en

* Sociólogo. Magister en Urbanismo. Investigador del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital (Ipazud). Coordinador de la línea de investigación en Territorio y Desarraigo.

1928 hasta el llamado caso Agro Ingreso Seguro¹, pero también han sido emblemáticos los intentos de organizar, reivindicar o crear una estrategia para establecer un mínimo de justicia social en el campo, desde la Ley de Tierras de López Pumarejo en 1936 hasta la Reforma Agraria del Frente Nacional en 1960, dos iniciativas devenidas más en buenas intenciones que en políticas efectivas, casos notables sin duda, sobre todo por las expectativas frustradas más que por las ilusiones cumplidas.

Hablar de la distribución de la tierra en Colombia es hablar de la historia de un trauma colectivo, uno que se construyó a fuerza de desarraigo, criminalidad, injusticia, expoliación, desplazamiento y muerte. Aunque valga decirlo, es también la historia de la esperanza y de la lucha interminable, una lucha que busca justicia y restitución, es la historia de las reivindicaciones, de los líderes, de las voces que no se callan, de millones de personas –de millones–que buscan retornar, reclamar sus derechos, saber la verdad y honrar la memoria de sus muertos.

Se cuenta casi como un mito que el inicio de la barbarie fue en los años cuarenta, las voces políticas e intelectuales lo denunciaban, la violencia liberal-conservadora, una violencia de ideologías, mostró también que uno de sus rostros era la lucha por la tierra, como en la primera mitad del siglo XX, en la que:

Los jornaleros reivindican los reajustes en los salarios y denuncian las triquiñuelas de que son víctimas en el momento de las cosechas. Los colonos se niegan a renunciar a las tierras que han explotado. Unos y otros se rebelan contra el acaparamiento ilegal de vastas superficies por parte de los hacendados. Las protestas se hacen más vigorosas a medida que salen a la luz, en el curso de los debates parlamentarios, la carencia y la imprecisión de numerosos títulos de propiedad que habían sido utilizados para justificar la ampliación de múltiples

¹ A finales del año 2009, en Colombia se desató un escándalo mediático por cuenta de un programa del Ministerio de Agricultura, el cual otorgaba subsidios a proyectos productivos de campesinos, no obstante “buen número de los que recibieron subsidios no reembolsables [fueron] grandes empresarios del campo y familias millonarias con gran influencia política regional” (Programa Agro Ingreso Seguro ha beneficiado..., 2009). El panorama fue empeorando al conocerse que incluso “un hombre extraditado a Estados Unidos habría recibido un subsidio por cerca de 200 millones de pesos (...) el presunto líder mafioso habría recibido el crédito en enero de 2008” (Agro Ingreso Seguro habría favorecido a narcos, 2009), así como también favoreció a Reinas de belleza (Operación Magdalena, 2009) y a ricos terratenientes de distintas regiones del país; al final un Senador aseguró que el ministro de agricultura actuaba “como un Robin Hood, pero el revés. Le quitaba a los pobres para darle a los ricos” (*Revista Semana*, 2009).

propiedades (...). Desde entonces queda planteada en muchos conflictos la cuestión de la redistribución de la tierra. (Pecaut, 2001, p. 175)

Justicia y tierras pedían los campesinos de los llanos y del Tolima cuando Rojas Pinilla fue a desmovilizarlos (Sánchez, 1989), también era una de las principales banderas de las guerrillas de inspiración marxista de los sesenta cuando decidieron levantarse en armas y en las que persistía una vieja tradición de “lucha por la tierra y la colonización autónoma” (Palacio y Safford, 2002, p. 644).

El siglo ^{xxi} sorprendió a la sociedad colombiana en medio de este drama y una década en esta nueva centuria no ha sido suficiente para detener el horror, de hecho se presiente que este se ha radicalizado. Los números le dan la razón a los pesimistas, pues uno de los problemas más graves, el de la concentración de la propiedad rural, se mantiene incólume pues:

El país rural, históricamente latifundista, no solo mantiene esa tendencia, sino que la está agudizando. En el medio siglo transcurrido entre 1960 y 2009, los minifundistas pasaron de constituir el 66,7 % de todos los propietarios a ser menos de la mitad (49,8 %). Mientras tanto, los dueños de más de 500 hectáreas se elevaron del 0,4 al 1,4 por ciento (...) entre el 28 y 29 por ciento del territorio para unos pocos latifundistas y 6 por ciento para unos pequeños tenedores de tierra. (41 % de la tierra en Colombia..., 2011)

A pesar de la inequidad estructural, la guerra siguió, pero ni siquiera la lucha armada pudo convertirse en un factor que revirtiera esta tendencia. ¿Qué camino se recorrió para llegar a este nivel de degradación y de agresión? Las explicaciones aún se construyen, aún se tejen, aún se proponen; pero a pesar de que han pasado cerca de cincuenta años, los rigores de la guerra siguen impactando y los análisis, quien lo creyera, son aún coyunturales.

¿Dónde estaba la sociedad civil cuando la catástrofe ocurría? ¿Cómo avanzó rampante la tragedia? ¿Cómo se estableció el drama sin contar con el freno moral de una sociedad que se negara a asistir al lamentable espectáculo? En 1960, un literato español radicado en Bogotá publicó la novela *La ciudad y el viento*, en ella uno de los personajes (un rico empresario bogotano), diseña un “negocio” gracias al cual el pujante hombre busca incrementar su fortuna; la estrategia consistía en promover la violencia en algunas zonas rurales, fomentar el desplazamiento, para comprar las mejores tierras y de esa manera establecer una empresa que diera mejores rendimientos en la explotación del suelo agrícola.

La mención cuenta en este apartado porque la narración literaria en los sesenta ya nos presentaba con minucia la forma en que se enfrentaban esas dos dimensiones del territorio, devenidas en modos antagónicos de entender el mundo, “campo y ciudad son dos realidades diversas que parecen contraponerse y que, de hecho muchas veces se han contrapuesto. Son distintos paisajes que alojan sociedades distintas y que han servido de fondo a procesos distintos” (Romero, 2001, p. 236), cada una de ellas, concluye Romero, con formas diferenciadas de mentalidad que se ha perfeccionado con el tiempo. Un enfrentamiento que en Colombia se presentó como una suerte de paradoja, la cual estuvo determinada por el desangre y el crecimiento económico. El primero, fenómeno configurado alrededor del periodo llamado la *Violencia*, y el segundo, fenómeno promovido por una economía nacional relativamente sólida, con índices de crecimiento fortalecidos y ciudades convertidas en pujantes metrópolis (Del Castillo, 2008; Gouëset, 1998). Una paradoja aparente afirma Henderson:

La coexistencia de la violencia y el acelerado progreso económico no es necesariamente contradictoria. Sin duda, esto fue lo que ocurrió en Colombia. Una importante razón para que la Violencia y el progreso social pudieran darse de manera simultánea, fue que el derramamiento de sangre fue inusual y rural, y por eso solo perjudicó ocasionalmente la modernización económica. Al ser un fenómeno eminentemente rural, restringido a los lugares más inaccesibles de los departamentos donde se dio, la Violencia nunca afectó de forma directa más que una minoría de colombianos, incluso en departamentos fuertemente golpeados como el del Tolima. Como fenómeno que se extendió por más de dos décadas, durante las cuales Colombia se urbanizó e industrializó, la atroz y destructiva violencia evidentemente desempeñó un papel periférico en la vida nacional. (Henderson, 2006, pp. 420-421)

Airó y Henderson, el primero en una novela y el segundo en un estudio histórico, llegan por vías distintas a la misma conclusión: el enfrentamiento entre la ciudad y el campo (entre el mundo urbano y el mundo rural) permitió el transcurrir indiferente de unos frente al trauma y la tragedia de los otros. Se convirtieron en dos mundos de la vida distintos y tal fue el extrañamiento que cuando representantes de ambos mundos se encontraron para dialogar de paz, la sorpresa mutua fue certera. Herbert Braun menciona que en los diálogos del Caguán era posible ver la manera como esos dos mundos inusitadamente se enfrentaron. Escribe el historiador norteamericano que:

El discurso guerrillero procedió a relatar los hechos de 1990, cuando el cuartel de las FARC, que se hallaba en Casa Verde, un lugar al cual

los negociadores de la ciudad habían acudido varias veces, y que estaba conectado por radio y teléfono con el palacio presidencial en Bogotá, fue atacado por el ejército “con esta nueva agresión –entonó Gómez– el ejército oficial se apoderó de trescientas mulas de carga, setenta caballos de silla, mil quinientas cabezas de ganado, cuarenta cerdos, doscientas cincuenta aves de corral, cincuenta toneladas de comida... (Braun, 2006)

A reglón seguido el mismo autor narra lo que pasa en el auditorio:

Estas palabras del guerrillero causaron una sensación extraña. Pastrana y los miembros de su comitiva no habían ido allí a oír sobre un pasado distante o lejano. Algunos se sobresaltaron. Otros se sonrieron, reaccionando con una cierta condescendencia urbana. Se debieron preguntar si el jefe guerrillero estaba a la altura de la delicada tarea que todos tenían que afrontar. Seguramente también escucharon perplejos que había sido el Estado y el ejército, y no la guerrilla, los responsables de haber comenzado esta guerra hace tantos años. Para ellos, el discurso se hallaba fuera de lugar y de tiempo. Estos pequeños detalles sobre unas gallinas, perdidas años atrás, no parecían ser lo más apropiados para un momento de tal envergadura histórica. (Braun, 2006)

El enfoque cultural utilizado por el historiador norteamericano recalca la manera como este enfrentamiento de visiones, mentalidades y formas de actuar, estuvo muy influenciado por la división que se fue radicalizando a lo largo del siglo XX entre ciudad y campo, una escisión tan profunda cuyas huellas se perciben en el hecho de que a los colombianos de hoy les molesta que se les recuerde que la violencia ha arrasado el campo desde 1950; muchos sienten que es hora de pasar la página, o que se exagera su dimensión. Una posición agenciada sin duda por la manera como se promovió el crecimiento y bienestar en las ciudades durante el Frente Nacional:

La violencia en el campo se entendió en estos círculos cultos y urbanos como algo predecible. Era la expresión del lado oscuro de la nación colombiana la que se sentía en las vidas limitadas y encerradas de los campesinos provincianos, ignorantes y supersticiosos. Se rumoraba de ellos, a veces en voz alta. Si hay divisiones en la historia colombiana del siglo XX se ven en la cultura misma, en general son asuntos de temperamento entre lo urbano y lo rustico, lo culto y lo rudo. (Braun, 2006)

Las consecuencias fueron nefastas, no solo porque a partir de esta división se agudizó el conflicto político, sino porque el país rural fue condenado al ostracismo. Un balance riguroso sobre el tema indicaba que:

Por acción u omisión, el mensaje que la sociedad colombiana ha enviado a los pobladores rurales ha sido que su progreso o el de sus familias dependen de abandonar el campo. Por esa vía, el país urbano pujante y modernizador dio la espalda a la sociedad rural, dando pie a que muchos de sus conflictos se hubieran agudizado o no hubieran encontrado canales institucionales para ser tramitados". (PNUD, 2011, p. 27)

El drama del análisis que presenta el mencionado informe consistió en que al lado de este divorcio entre el campo y la ciudad se acomodaban otra serie de problemas de igual o mayor dimensión, como por ejemplo, el despojo y desplazamiento, el abandono del Estado, la agudización del conflicto armado, la concentración de la propiedad y los conflictos derivados de formas de poblamiento.

Los artículos presentados en este volumen se ocupan de varios de los aspectos estructurales que hasta aquí se han mencionado. Sin duda no desde una perspectiva de estudio general, en realidad la mayor parte de ellos le apuntan al estudio de caso. El documento escrito por Marisol Grisales, por ejemplo, trata de develar las dinámicas de violencia presentes en la ciudad de Medellín, analizando la manera cómo las conflictividades se van transformando en un escenario como este, pasando de las explicaciones de conflictos derivados en los años ochenta hasta la llamada irrupción del conflicto armado nacional al ámbito local urbano, esta última visión cuestionada por la autora dentro de su análisis. El artículo de Hugo Álvarez está centrado en el caso de los cerros orientales de Bogotá y la manera como los mismos se están convirtiendo en víctimas de una visión de desarrollo urbano centrado en el axioma contemporáneo de la competitividad.

El bloque de artículos agrupados bajo el genérico título de *Región* presentan una serie de reflexiones alrededor de elementos asociados al conflicto y esta construcción territorial que va más allá de las fronteras administrativas y legales; las complejidades de esta forma de entender el territorio y las dinámicas que al interior de ella se desarrollan son tema de este apartado. El texto de Clara Inés García se centra en tratar de entender la manera como en la dinámica del conflicto social y armado existe una suerte de elementos determinantes que influyen en la configuración del espacio, elementos que no siempre han

sido tenidos en cuenta como por ejemplo, los parentescos, las rutas del desplazamiento, la configuración de las regiones y su articulación con el Estado, así como el examen del impacto regional del conflicto armado, específicamente en la zona de Urabá.

El mundo rural, el desplazamiento, el paramilitarismo, y su impacto sobre el campo colombiano y la llamada agroindustria son los temas de los que se ocupa Darío Fajardo. La siempre postergada reforma agraria, la concentración de la propiedad rural y la relación de muchos de estos factores con el desplazamiento, así como una reflexión sobre la manera en que la política pública tiene un papel central en la reparación de las víctimas.

El último de los capítulos, escrito por María Clara Torres, está dedicado al análisis de la relación contradictoria, instrumental y discordante entre el Estado y una zona cuya actividad productiva está centrada en una economía ilícita.

Los artículos del último bloque, agrupados bajo el aún más genérico título de *País*, tienen en común que intentan mostrar la manera en que las dinámicas económicas y globalizadoras internacionales afectan y determinan procesos locales, así como el conflicto social y armado ha impactado el conjunto del territorio nacional. El texto relacionado con el Bajo Atrato hace un largo recuento sobre la manera como se ven afectados tradicionales espacios rurales; el modo en que se potencian las dinámicas de conflictos locales en la región mencionada, a propósito de la irrupción de empresas multinacionales, las que en la afanosa búsqueda de riquezas producto de la explotación de los recursos naturales, enrarecen –aún más– el ya de por sí enrarecido ambiente local.

El capítulo final es una larga reflexión acerca de la manera en que el conflicto colombiano afectó a los pobladores de las distintas regiones del país, de formas diferentes y en distintos momentos. Para tal efecto Fernán González –autor del texto– define la necesidad de entender la geografía de la violencia, los modelos de desarrollo puestos en marcha a tenor de esos cambios territoriales, las implicaciones en los problemas alrededor de la cuestión agraria y el tipo de relación que establecen los territorios con el Estado.

Si bien el conflicto, el territorio y las dinámicas de habitar han sido un tema largamente analizado, una y otra vez sometido a examen, cada uno de los artículos que contiene este volumen presenta resultados de reflexiones académicas e investigaciones ahora convertidas en contribuciones al debate sobre el tema. Es cierto que la producción sobre estos tópicos desborda anaqueles; pero parafraseando a Victor Hugo, mientras la violencia se enseñoree en campos y ciudades, mientras la expoliación, la muerte, el desarraigo, el desplazamiento y la

injusticia sean realidades con la que miles de colombianos deban convivir diariamente; en otros términos mientras las víctimas sigan esperando reparación y la sociedad en su conjunto siga buscando explicaciones “los libros de igual naturaleza que este podrán no ser inútiles”. (Hugo, 1999)